

Primera parte

# NECESIDAD Y RECONOCIMIENTO



## CAPÍTULO 1

# Las emociones como juicios de valor

Las emociones, argumento aquí, comportan juicios relativos a cosas importantes, evaluaciones en las que, atribuyendo a un objeto externo relevancia para nuestro bienestar, reconocemos nuestra naturaleza necesitada e incompleta frente a porciones del mundo que no controlamos plenamente. En consecuencia, comienzo con un relato de tales evaluaciones, una narración que trata del temor, la esperanza, la aflicción, la ira y el amor.

### I. NECESIDAD Y RECONOCIMIENTO

En abril de 1992 me encontraba en Dublín impartiendo clases en el Trinity College.<sup>1</sup> Como mi madre convalecía en el hospital tras una operación seria pero corriente, yo llamaba por teléfono con regularidad para informarme sobre su estado. Una de esas llamadas me trajo la noticia de que había sufrido una complicación grave durante la noche: la rotura de la incisión quirúrgica entre el esófago y el estómago. Se había producido una infección interna general, tenía fiebre y, aunque estaba recibiendo los mejores cuidados en un hospital excelente, su vida corría peligro. La noticia me hizo sentir como si me perforaran el estómago con un clavo. Con la ayuda de mis anfitriones, hice los preparativos para regresar en el próximo vuelo, que no salía hasta el día siguiente. Esa tarde impartí la clase programada sobre el tema de las emociones (un proyecto para la serie de charlas en la que se basa este libro). Yo no era la filósofa entusiasta y autosuficiente que impartía una

1. Nussbaum (1998) reelabora este material en forma de diálogo filosófico; éste será revisado nuevamente para incluirlo en un libro sobre el tema de la forma del diálogo en el que me encuentro trabajando.

clase o, más bien, no era sólo eso, sino también una persona traspasada por el mundo y que a duras penas contenía las lágrimas. Esa noche soñé que mi madre aparecía en mi cuarto del Trinity College, en su cama del hospital, muy demacrada y encogida, en posición fetal. La miré sintiendo una efusión de afecto y le dije «mami guapa». De repente se levantó, joven y bella como en las viejas fotografías de cuando yo tenía 2 o 3 años. Me sonrió con su característico y cálido ingenio y me dijo que los demás podían llamarla maravillosa, pero que ella prefería de lejos que la llamaran guapa. Me desperté y lloré, sabiendo que la realidad era otra.

Durante el vuelo transatlántico del día siguiente, contemplé con esperanza esa imagen de salud. Pero también pasó ante mí, con mayor frecuencia, la imagen de su muerte, y mi cuerpo quería interponerse frente a ella, negarla. Me temblaban las manos mientras escribía unos párrafos de una charla sobre la clemencia y la comprensión narrativa de los criminales. Y sentía, todo el tiempo, una cólera intensa pero imprecisa: contra los médicos, por permitir que la crisis se produjera; contra los auxiliares de vuelo, por sonreír como si todo fuese normal; sobre todo contra mí misma, por no haber sido capaz de impedir que esto sucediese o por no haber estado con ella cuando ocurrió.

Al llegar a Filadelfia llamé a la unidad de cuidados intensivos del hospital y la enfermera me comunicó que mi madre había muerto hacía veinte minutos. Mi hermana, que vivía allí, estaba con ella y le había dicho que yo estaba de camino. La enfermera me alentó a ir y ver cómo la amortajaban. Me apresuré por las sucias calles del centro como si se pudiera hacer algo. Al final de un laberinto de pasillos, pasada la cafetería en la que los trabajadores del hospital charlaban y reían, encontré la unidad quirúrgica de cuidados intensivos. Conducida por una enfermera vi, tras una cortina, a mi madre acostada boca arriba, tal como la había visto a menudo dormir en casa. Llevaba puesta su mejor bata, la del cuello de encaje. Estaba impecablemente maquillada (las enfermeras, que le había tomado mucho cariño, me dijeron que sabían lo importante que siempre había sido para ella llevar bien pintados los labios). Tenía un tubo apenas visible en la nariz, pero no estaba conectado a nada. Lloré de forma incontrolable, y mientras, las enfermeras me traían vasos de agua. Una hora después iba hacia mi hotel en una furgoneta del hospital, llevando su pequeña maleta roja con su ropa y los libros que yo le había dado para leer en el hospital, extraños vestigios que parecían no pertenecer ya al mundo, como si hubieran debido desaparecer con su vida.

En las semanas siguientes, pasé por periodos de llanto angustioso; días enteros de una fatiga aplastante; pesadillas en las que me sentía a la

vez desprotegida y sola, y parecía notar como si un extraño animal caminara por mi cama. También experimenté ira: contra las enfermeras, por no prolongarle la vida hasta que yo llegara, aunque sabía que seguían sus instrucciones escritas de no tomar «medidas extraordinarias»; contra los médicos, por dejar que una operación común desencadenara una catástrofe, aunque no tenía motivos para sospechar que había habido una mala praxis; contra la gente que me hacía llamadas de trabajo como si no pasase nada, aunque sabía que era imposible que estuviesen al tanto. Pero es que lo apropiado en ese caso parecía que era estar enfadada, y es imposible estarlo con la mortalidad misma. Sobre todo, sentía rabia contra mí misma por no haber estado con ella a causa de mi intensa dedicación profesional y de mi inquebrantable determinación de trabajar, que siempre me habían impedido verla tanto como mi hermana. Y aunque me recordaba a mí misma que de hecho la había visto a menudo en los últimos meses y que me había informado bien, preguntando concienzudamente a los médicos sobre su estado, antes de ir a Irlanda, me seguía culpando por mi desatención, mis enfados y todas las faltas de amor que podía hallar en mi relación con ella; y otras que quizá me inventé. Mientras completaba mi conferencia sobre la clemencia y el perdón, me culpaba a mí misma con el máximo rigor.

No obstante, acabé mi disertación y la leí poco después de viajar con mi hija al funeral. Y advertí lo siguiente: que la estructura continua de la vida diaria con mi hija, con mi trabajo, con mis amigos, con mis compañeros de trabajo y las personas a las que quiero, la estructura relativamente inalterada de mis expectativas acerca de lo que ocurriría en esa vida cotidiana el día siguiente y el posterior a éste, hacía que la aflicción resultase menos caótica para mí que para mi hermana, la cual había vivido cerca de mi madre y la había visto casi a diario. Aunque considero que la queríamos por igual, había una asimetría en el modo en que la vida trataba ese amor, lo cual originaba una asimetría en la duración de la emoción. Por otra parte, aunque mi vida en ese momento estaba menos trastornada, tenía la extraña sensación de haber sido desposeída de su historia, de ya no ser alguien que contaba con un pasado familiar. Por esta razón me llenó de alegría ver a mi ex marido en el funeral, pues reconocía en él veinte años de vida con mi madre, y sabía que él los reconocía en mí y evidenciaba su existencia. Durante el oficio las intervenciones de muchas personas a las que había ayudado también me animaron, ya que probaban la continuidad de su influencia en el mundo. Y hacer algo similar a lo que constituye mi actividad profesional habitual, pronunciar unas palabras en nombre de la familia, me hizo sentir menos indefensa, pese a lo cual abrigué sospechas sobre el propio acto en tanto posible signo de imperfección de mi amor.

En este relato podemos distinguir diversas características de las emociones de las cuales mi argumentación tratará de dar cuenta: su apremio y su calor; su inclinación a apoderarse de la personalidad e impulsarla a la acción con una fuerza arrolladora; su relación con vínculos importantes, con respecto a los cuales la persona define su vida; la sensación de pasividad ante ellas; su aparente relación de confrontación con la «racionalidad», en el sentido de un cálculo frío o de un análisis del tipo coste-beneficio; el estrecho vínculo entre ellas, pues la esperanza alterna de modo titubeante con el temor, o un solo acontecimiento transforma la esperanza en aflicción, o la aflicción, en busca de una causa, se expresa en forma de ira, a la vez que todas ellas pueden ser el vehículo de un amor subyacente.

A la luz de las características precedentes, podría parecer muy extraño sugerir que las emociones son formas de juicio. No obstante, algo cercano a esa tesis será lo que defenderé. Argüiré que todos esos rasgos son compatibles, e incluso pueden explicarse mejor, con una versión modificada de la concepción de los antiguos estoicos griegos según la cual las emociones son una forma de juicio valorativo que atribuye a ciertas cosas y personas fuera del control del ser humano una gran importancia para el florecimiento del mismo. De esta manera, las emociones son efectivamente un reconocimiento de nuestras necesidades y de nuestra falta de autosuficiencia. Mi objetivo en esta primera parte consiste en examinar este planteamiento y los argumentos que lo apoyan, añadiendo algunas distinciones y argumentaciones adicionales al punto de vista original.<sup>2</sup>

2. Se encontrarán algunos elementos de una postura filosófica relacionada con ésta en Lyons (1980), Gordon (1987) y de Sousa (1987). Ninguno de ellos, sin embargo, hace hincapié en la naturaleza evaluativa del contenido cognitivo de las emociones. Tal aspecto de las emociones fue subrayado en Pitcher (1965), una de las primeras y más radicales críticas de la visión humeana dominante, y todavía una de las explicaciones más interesantes de la intencionalidad de las emociones; véase también Kenny (1963) y Thalberg (1964). Otro trabajo pionero que destaca el nexo entre emociones y valoraciones es el de Solomon (1976, 2ª ed. 1993). Asimismo Solomon acentúa la intencionalidad que caracteriza a las emociones (págs. 111-119) y censura los modelos dominantes «hidráulico» y «sensible» (págs. 77-88, 96-102). Pero su aproximación, en otros puntos, es muy diferente de la adoptada aquí. Muy influido por el existencialismo, considera que las emociones suponen atribuciones de valor que son intencionales y completamente subjetivas y, en consecuencia, se refiere a las emociones como «la fuente de nuestros valores», cosas que «crean nuestros intereses y objetivos» o que incluso «constituyen nuestro mundo» (todas en pág. 15). Mi planteamiento no toma partido en cuanto a la naturaleza del valor, sino que pretende mostrar la naturaleza evaluadora de nuestras valoraciones desde el punto de vista interno de la persona que experimenta la emoción. Recientemente Ben-Ze'ev (2000), en un libro excelente y compre-

Como argumentaré en el capítulo 2, hemos de reemplazar el interés de los primeros estoicos por la comprensión de proposiciones lingüísticamente formuladas por un planteamiento de mayor alcance y capacidad. Tal modificación se hace necesaria para dar cuenta adecuada de las emociones de los niños y de los animales, así como de muchas emociones de los seres humanos adultos. Otras alteraciones supondrán examinar el papel de las normas sociales en las emociones (capítulo 3) y explicar el desarrollo de las emociones en la primera infancia y en los comienzos de la niñez (capítulo 4). No obstante, argumentaré que las emociones siempre suponen la combinación del pensamiento sobre un objeto y el pensamiento sobre la relevancia o importancia de dicho objeto; en este sentido, encierran siempre una valoración o una evaluación. En consecuencia, me referiré a mi concepción con el término «cognitivo-evaluadora» y a veces, más brevemente, como «cognitiva». Pero mediante el término «cognitiva» no quiero expresar nada más que «relativa a la recepción y al procesamiento de información». No deseo sugerir la presencia de cálculo elaborado o cómputo, ni siquiera de autoconciencia reflexiva.

Me centraré en el desarrollo de una explicación filosófica adecuada. Pero dado que toda teoría apropiada en esta área ha de ser coherente, en mi opinión, no sólo con los datos de la propia experiencia y los relatos de las experiencias ajenas, sino también con los de los mejores trabajos de sistematización y explicación de la experiencia emocional efectuados en los campos de la psicología y la antropología, también me acercaré a esas disciplinas, en la cuales resulta que los planteamientos relacionados con el mío se han estado imponiendo recientemente: en psicología cognitiva, tanto en la investigación sobre la indefensión y el control como en la investigación sobre la emoción como «valoración» de lo que pertenece al «bienestar» del ser; en antropología, en el trabajo relativo a la emoción en tanto «construcción social» evaluadora; y en psicoanálisis, en el estudio de las relaciones de objeto tempranas y sus dimensiones evaluativas.

---

hensivo, ha concedido en su explicación una posición prominente a la valoración y ha defendido las concepciones valorativas frente a sus oponentes (véase, en particular, su eficaz réplica de las págs. 541-542, n. 49, a las objeciones a tales planteamientos realizadas por Griffiths (1997), con cuyos puntos coincido plenamente). Pese a que su acercamiento presenta una textura más abierta que el defendido aquí, y aunque él niega que el elemento evaluativo resulte imprescindible para distinguir las emociones de las no emociones (pág. 70), también asegura, refiriéndose a este libro, que si la explicación de la valoración o evaluación es lo suficientemente compleja, las objeciones que él formula no se sostendrán (pág. 70 y pág. 540, n. 44). Otra perspectiva reciente de relevancia es la de Green (1992).

Alo largo del libro, el *explanandum* será el género cuyas especies son, entre otras, la aflicción, el temor, el amor, la alegría, la esperanza, la ira, la gratitud, el odio, la envidia, los celos, la compasión y la culpa. Los miembros de este conjunto son, como argumentaré en el capítulo 2, significativamente distintos tanto de los apetitos corporales, como el hambre y la sed, como de estados de ánimo sin objeto, como la irritación o la depresión endógena. Hay muchas diferencias internas entre los integrantes del grupo, pero tienen lo suficiente en común como para ser estudiados de manera conjunta; y una larga tradición de la filosofía occidental, que se remonta a Aristóteles, los ha agrupado de este modo. Tal agrupación no es una peculiaridad de la tradición occidental: también se han dado clasificaciones similares, aunque no idénticas, en otras tradiciones de pensamiento.<sup>3</sup> Encontramos asimismo este grupo en la experiencia cotidiana, en la que tratamos de modo efectivamente distinto las emociones y los estados de ánimo, los apetitos y los deseos, aunque es posible que carezcamos de una buena explicación teórica de por qué lo hacemos. Así pues, disponemos al menos, demarcada a grandes trazos, de una categoría de fenómenos que se pueden examinar para descubrir sus rasgos comunes, aunque también debemos estar dispuestos a encontrarnos con que los contornos de la clase son borrosos y con casos periféricos que sólo comparten algunas de las características de los ejemplos principales.<sup>4</sup> No debemos esperar que una teoría explicativa sostenga o preserve todos los fenómenos; pero partiré del supuesto de que el criterio de corrección para una teoría sobre esta cuestión es que debe preservar la verdad «del mayor número y de las más básicas» de tales experiencias,<sup>5</sup> y que debe poder proveer de una explicación convincente de cualquier error en la clasificación atribuido eventualmente a la experiencia.

## II. EL ADVERSARIO: INTENCIONALIDAD, CREENCIA, EVALUACIÓN

La concepción estoica de las emociones cuenta con un adversario. Se trata de la perspectiva según la cual las emociones son «movimientos

3. Véase Marks y Ames (1995) sobre las tradiciones orientales. Agradezco las conversaciones que mantuve con Lothar von Falkenhausen, acerca de las tradiciones chinas, con Kwasi Wiredu, sobre el pensamiento ghanés y con Unni Wikan (sobre cuyo trabajo véase también el capítulo 3) acerca de las emociones en Bali. Estoy en deuda con ellos. Una característica sobresaliente del planteamiento ghanés es que trata las emociones desde un principio como una subcategoría del pensamiento; al parecer, lo mismo sucede en Bali.

4. Véase Pitcher (1965) para una excelente exposición de este asunto.

5. Véase Aristóteles, *Ética Nicomáquea* 1147a.